

armonías extrañas envueltas en el perfume de las primeras flores, y otoño cuando al pasear por entre las largas alamedas, el ruido especial de las hojas amarillas, que crujen bajo mis pies, me llena el alma de un sentimiento melancólico e indefinible. Si el viento de Guadarrama me enrojece la punta de la nariz, exclamo endosándome el gabán de más abrigo: ¡Diantre, sin saber cómo ni por donde, se nos ha entrado el invierno! Y si, por el contrario, el calor me obliga a aflojarme el nudo de la corbata, ya no me cabe duda de que el estío comienza a dorar las mieses y a tostar los hombres.

Hay sin embargo dos solemnidades o fiestas o como se les quiera llamar, en el año, que nunca pasan inadvertidas para mí, porque a semejanza de las golondrinas que anuncian la estación templada con su vuelta, las preceden ciertas señales características. Estas son el día de difuntos y el Carnaval. No sé precisamente en que estación ni en qué mes; pero ello es que hay un día en el año que al pararme distraído delante de una de esas lujosas anaquelarias de la Carrera de San Jerónimo, allí donde otras veces me he detenido a contemplar uno de esos adornos de flores y de plumas destinado a ornar la espesa cabellera de una dama elegante y hermosa, y a besar con sus flotantes cabos de cintas sueltas, su redonda espalda o su seno mal en cubierto por un encaje finísimo, me encuentro con una corona de pálidas siemprevivas, en cuyo centro y entre un diluvio de lágrimas de talco, dice con letras de oro y dos colosales signos de admiración: ¡A mi esposo!

La fiesta de Todos los Santos se aproxima, digo entonces entre mí, los mercaderes de la muerte comienzan a sacar a luz la bisutería del dolor. En otras ocasiones vagando al azar por las calles comienza a sorprenderme un espectáculo extraño.

Me parece que entre la gente que circula a mi alrededor y sobre las

cuales arrojo a intervalos una mirada distraída, se mezclan seres sobrenaturales y deformes, y de cuando en cuando veo aparecer una cara de tafetán celeste que me mira con sus ojos huecos, una nariz colosal que me sale al paso como cerrándome el camino, o una cabeza fantástica que me hace visajes horribles desde el fondo obscuro de una tienda de tiroleses. Al notar que aquellas visiones no son otra cosa que caretas que en largos festones de marmarrachos orlan la entrada de los establecimientos públicos, exclamo al fin cayendo en la cuenta del mes en que me encuentro:—Ya tenemos el Carnaval en planta, los traficantes de la locura comienzan a vender los pasaportes de la despreocupación.

## II

La época del Carnaval ha pasado. El Carnaval parece que parodiaba en el mundo moderno la costumbre que en el antiguo permitía a los esclavos en ciertos días del año jugar a los señores y tomarse con éstos todo género de libertades y aún de licencias. En la Venecia de los tenebrosos Consejos, de los Palomos y del puente de los Suspiros, en la Roma de los Borgia, en cualquiera parte donde el pueblo ha vivido sujeto por una mano de hierro a un poder más o menos tiránico, se comprendía esta periódica explosión de libertad y de locura. La política y el amor pedían prestado su traje a Arlequín, y al alegre ruido de los cascabeles del cetro del bufón, urdían la trama de su novela sangrienta o sentimental. La aparente rigidez de las costumbres, el aislamiento del hogar, el carácter propio de la época, hacían necesarias esas noches de luna velada por nubes, de rostros ocultos con antifaces, de algazara popular y de misterios, en el Corso y en Rialto.

La aristocracia en sus bailes de buen tono comienza por desterrar la careta, o no permitirle hasta cierta hora de la noche. Hasta aquí la aristocracia es lógica. En otras épocas,